

Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2016

www.historiapolitica.com

El aprendizaje de la calle. Los socialistas y las manifestaciones públicas en la Argentina finisecular (1894-1901)¹

Francisco J. Reyes (UNL-CONICET)

En lo que sigue nos proponemos dar cuenta de ciertos aspectos de la empresa de movilización política y de ocupación del espacio público en la ciudad de Buenos Aires llevada adelante por los miembros de lo que comenzó a llamarse, en los años finales del siglo XIX, Partido Socialista (PS).² Ello implica definir a las manifestaciones socialistas como un objeto de indagación singular, el cual no ha merecido, a nuestro entender, un análisis de conjunto más o menos exhaustivo, amén de algunos trabajos que se han encargado de analizar casos específicos. Una reconstrucción de las formas y sentidos de esta práctica política permitirán conocer mejor y redimensionar aquella que probablemente fue la forma de intervención política privilegiada de los socialistas en la Argentina finisecular.

Este fenómeno eminentemente urbano y con una clara connotación de contestación política, supuso tanto la ocupación momentánea -pero recurrente- del espacio público, como la expresión de demandas más o menos precisas, un cierto número de participantes que se reveló fluctuante aunque en creciente ascenso, pero especialmente una forma de autorrepresentación y diferenciación política con una potente carga identitaria (Filleule y Tartakowsky, 2008: 15-16). En este sentido, cabe afirmar que, al mismo tiempo que aparecían como una forma de expresión de esa solidaridad política en gestación, las manifestaciones de o con participación de los socialistas también evidenciaron una notable capacidad

¹ Una versión preliminar de este trabajo fue presentada en el panel “Los inicios del socialismo argentino. Entre la búsqueda de una estrategia y la construcción de una identidad”, organizado por la Red de Estudios sobre el Socialismo Argentino (RESA) el 1 de abril de 2015.

² Si bien se institucionalizará recién en junio de 1896 con una conducción unificada bajo el nombre de Partido Socialista Obrero, denominamos “Partido Socialista” al núcleo que desde 1894 se organizó en torno al periódico *La Vanguardia*, la Agrupación Socialista de Buenos Aires (luego Centro Socialista Obrero), coordinando actividades con los clubes de socialistas italianos (*Fascio dei Lavoratori*), de socialistas franceses (*Les Égaux*) y el más antiguo de socialistas alemanes (*Vorwärts*). Al respecto, ver Martínez Mazzola (2008: 67-78); Tarcus ([2007] 2013: 342-363).

performativa, en tanto su puesta en escena y su impacto contribuyeron a definir los contornos de esa identidad (Offerlé, 2005).

Enfatizar en la idea de “aprendizaje” remite, como han destacado varios trabajos, a la concepción pedagógica que conferían los socialistas a su práctica política, en el sentido de una pretendida “política consciente” que implicaba una idea progresiva y paulatina del proceso político, al calor de la formación cultural y la reforma social (por ejemplo, Portantiero, 1982). En este sentido, el naciente PS se planteaba al mismo tiempo como el “partido de clase” del proletariado y como el más ambicioso “partido del progreso y la civilización”. Estas dos dimensiones de su propuesta política aglutinaban sus reivindicaciones y configuraban el horizonte de las distintas “causas” particulares por ellos alentadas, y que tendrán en las manifestaciones públicas una expresión singular y una interpretación ideológica de los conflictos de la Argentina finisecular.

Importa también destacar el interés de los militantes socialistas en torno a la ocupación del espacio público, ya que esa forma de intervención se complementaba con toda una trama de actividades promovidas por el núcleo dirigente en torno al partido, aunque se distinguía de ellas. En efecto, junto a las célebres controversias organizadas en locales cerrados, como las numerosas conferencias dictadas por dirigentes y publicistas en los centros socialistas, en donde la discusión de ideas y la reafirmación doctrinaria actuaban como el núcleo de atención, las manifestaciones se constituyeron en las prácticas recurrentes que comenzaron a dar forma al conjunto de valores, creencias, lenguajes, rituales y formas de sociabilidad que caracterizarán a la incipiente cultura política socialista local.

El contexto: la agitación política en la década de 1890

Es bien conocido que antes de la organización partidaria lograda hacia 1894/1896, los socialistas de la Argentina experimentaron serias dificultades para actuar de forma coordinada. La afirmación de la Declaración de Principios -sancionada por el Congreso constituyente- respecto de que antes de lograr la futura sustitución del régimen capitalista (el “programa máximo”) los socialistas debían “hacer uso de los actuales derechos políticos” aparecía, antes que nada, como parte de un aprendizaje político y como plataforma para consolidar la construcción partidaria. Lejos así de entrañar una concepción estrecha de la “acción política”, la intención de quienes se proponían dar forma a un “partido de clase” – según las palabras de Juan B. Justo- era “hacer uso de estos derechos y la organización de

resistencia de la clase trabajadora” como “los medios de agitación, propaganda y mejoramiento que servirán para preparar esa fuerza”.³

Esto que aparecía como una valoración de todos los tipos de prácticas que eran garantizadas por el orden constitucional, se presentó como un principio propugnado tempranamente por el grupo que confluyó en torno al Centro Socialista Obrero (CSO) y el periódico *La Vanguardia*, aunque no sin matices y disputas con tendencias de carácter más “revolucionario” o que privilegiaban la acción gremial obrera. Los fines de la propaganda socialista eran entonces promover una gimnasia de los derechos de los trabajadores antes incluso de cumplir con sus demandas económicas o gremiales. Tal como lo expresaba Esteban Giménez, la “acción política” contribuía a “crear en los trabajadores la conciencia de clase explotada”, de forma que no debían menospreciarse las constituciones liberales como la argentina, las cuales otorgaban el marco de “un estado de derecho dentro del cual pueden agitarse libremente todas las opiniones y debatirse los intereses opuestos”.⁴ Resulta interesante esta veta de la política socialista que no era una novedad pero sí poco altisonante dentro de la todavía heterogénea Segunda Internacional, en tanto permite calibrar la importancia asignada a las manifestaciones públicas en el período formativo del PS. Sin embargo, esa valoración de las garantías republicanas se verá recurrentemente obturada por las restricciones impuestas por las autoridades políticas y la represión policial; esto es, existían concepciones del orden público que entraban en tensión debido a su diferente carácter político-ideológico.

Pero lo cierto es que las movilizaciones constituirán la actividad regular de mayor convocatoria organizada por los socialistas en esos primeros años, la forma por excelencia de exteriorizar sus fuerzas y presentarse ante sus “otros”, sean ellos sus adversarios dentro del mundo de las izquierdas y el movimiento obrero, sean los llamados “partidos burgueses”, las autoridades estatales o la sociedad en general. Como lo expresa Kevin Callahan refiriéndose a esa primera década de existencia de la Segunda Internacional, que puede entenderse como un período de aprendizaje y preparación de los partidos socialistas de base nacional, esa demandante proto-política de masas implicaba hacer una intensa propaganda previa, redactar, repartir y pegar manifiestos, exhibirse en el espacio público y, por supuesto, desplegar símbolos identitarios como banderas y carteles con consignas y reivindicaciones (Callahan,

³ *La Vanguardia*, 4 de abril de 1896.

⁴ *La Vanguardia*, 12 de mayo de 1894.

2010). Una cultura política socialista internacional que, como veremos, se modulaba en diálogo con las existentes y en gestación en la Argentina del cambio de siglo.

Como ha demostrado Hilda Sabato, las décadas posteriores a la batalla de Caseros y a la consolidación del orden republicano en Buenos Aires dieron lugar a una renovada vida política en la que se gestó una verdadera “cultura de la movilización”, a partir de la valoración de la calle como un espacio político legítimo para importantes sectores de la sociedad. Es cierto sin embargo que las movilizaciones de esos años previos a 1880 nunca efectuaron demandas con un carácter contestatario respecto del horizonte de ideas dominantes, salvo algunos escasos episodios “en los márgenes” (Sabato, 2004: 284). Pero hacia principios de la última década del siglo el panorama político-social se complejizará, tanto a partir de las evidentes transformaciones sociales de la economía capitalista argentina, como por la crisis económica y política de 1889-1890, que dará lugar a la apertura de un ciclo de efervescencia política y la movilización de distintos sectores de la sociedad.⁵

Ese clima de agitación política generalizado se presentará así como un plafón adecuado al estilo que cultivarán los socialistas, en donde la expresión de nuevas fuerzas en el espacio público y el énfasis en la política militante serán vistos como un rasgo de virtud cívica, pese incluso a la carga contestataria de algunas de ellas. No obstante ello, las manifestaciones obreras, protagonizadas generalmente por socialistas y anarquistas, daban cuenta de una situación disruptiva con ciertas prácticas y con el predominio público de ciertos actores en una ciudad en plena transformación urbana (Gorelik, 2010).

Como se sabe, un caso particularmente ilustrativo de las manifestaciones socialistas lo constituirá la conmemoración anual del 1° de Mayo. En efecto, la primera celebración de 1890 en el Prado Español, organizada conjuntamente por socialistas, anarquistas y grupos republicanos, tuvo un éxito importante al reunir gran cantidad de obreros de distinta procedencia étnica e ideológica. Pero si la celebración de la fecha-símbolo tuvo importantes problemas para plasmarse en una ocupación regular de las calles por parte de las fuerzas de izquierda luego de 1890, debido a la prescindencia anarquista o a la debilidad socialista (Poy, 2014: 95-103), los voceros del gobierno entendían que la pública “exaltación de toda una clase social” aparecía como el despliegue de unas fuerzas que “amenaza[ban] destruir el orden

⁵ Remitimos aquí a la introducción y los trabajos presentes en el dossier compilado por Tato y Rojkind (2012) en la revista *PolHis*.

de cosas establecido, usando para ello los medios más reprobables” .⁶ En esta lógica, ante la crisis política que estallara con la Revolución del Parque de 1890, junto a la emergencia de unos sectores obreros dispuestos a movilizarse, las autoridades de Buenos Aires se ampararán en las ordenanzas policiales sancionadas en 1889 que regulaban los permisos para manifestarse, al distinguir entre “locales de propiedad particular” y la “vía pública” -previo pedido de autorización al Jefe de Policía-, además de prohibir las reuniones después de la puesta del sol. (Sigal, 2006: 147)

Sin embargo, la creación del PS, el paulatino crecimiento de su poder de convocatoria y la realización periódica de manifestaciones callejeras no dejarán de presentar aristas conflictivas para las autoridades y otorgarán a esa fuerza un protagonismo impensado para principios de la década de 1890. En ese marco, las manifestaciones de los socialistas encontrarán un terreno relativamente allanado, pero también darán cuenta de su especificidad, al convertirse en un dato inusualmente regular y al sustentar un sentido ideológico que se quería coherente con ese doble perfil de “partido de clase” y “partido de la civilización”.

Los socialistas, las manifestaciones y sus “causas”

Antes de pasar a una descripción general de los que consideramos aspectos fundamentales de las manifestaciones organizadas, protagonizadas o con participación de los socialistas, parece relevante dar cuenta de aquellos motivos que generaron estas formas de intervención. Además, este recorrido por aquellas que los socialistas entendieron como sus “causas” en la Argentina del cambio de siglo revela tanto la singularidad de una fuerza política que hasta algunos años después no accedería a la representación parlamentaria, como las coincidencias y posibles puntos de contacto entre ellos y un conjunto de actores movilizados en esos años. Los mismos podían pertenecer o no al espacio referenciado en las izquierdas y el movimiento obrero, pero ante unos y otros, así como frente a las autoridades gubernamentales que eran interpeladas por sus movilizaciones, los socialistas se encargaron de establecer constantemente un principio de diferenciación, ofreciendo una interpretación singular de sus intervenciones y, en última instancia, de las alternativas políticas por entonces existentes.

Como hemos analizado en otro trabajo, probablemente la expresión por antonomasia de ese intento de diferenciación lo constituyó la construcción de un 1º de Mayo específicamente socialista, conmemorado a partir de 1896 con manifestaciones públicas que

⁶ *Tribuna*, 1 de mayo de 1892.

intentarán proyectar la imagen de una fuerza combativa pero atenta al orden republicano, diferenciándose así de los anarquistas, que serían representados por el PS con la imagen del “obrero inconsciente” (Reyes, 2016, en prensa). Se impone entonces establecer una diferenciación entre aquellos mítines y manifestaciones organizados exclusivamente por los militantes socialistas, de los convocados de forma conjunta por éstos junto a otros representantes del movimiento obrero, como es el caso de los mismos anarquistas y las sociedades de resistencia, así como aquellos otros gestados por una iniciativa proveniente de fuera de este universo de las izquierdas, pero que contaron con la participación de referentes del PS.

El ciclo que nos ocupa se inicia sin lugar a dudas con las primeras movilizaciones organizadas a favor de la jornada legal de ocho horas en la ciudad de Buenos Aires. El célebre *meeting* convocado en octubre de 1894 tenía por objetivo sostener el proyecto presentado en la Concejo Municipal de la Capital por el concejal radical Eduardo Pittaluga a favor de la reducción de la jornada para los trabajadores municipales, pero constituye un claro ejemplo del estado aún embrionario de la organización socialista y de la interpretación política realizada por quienes emprendieron esa tarea. Preparado por las sociedades obreras de la ciudad, los hombres nucleados en torno al CSO que también representaban a aquéllas, destacaron en sus discursos -en contraste con los de filiación anarquista- la necesidad de vincular el reclamo de la jornada de ocho horas con la organización partidaria de los trabajadores y con el recurso a la acción política. Como afirmaba el editorial de *La Vanguardia* que evaluó luego la manifestación e intentaba fijar su sentido:

Por primera vez en Buenos Aires una gran masa de hombres ha recorrido en procesión las calles, afirmando la necesidad de reformas concretas (...) El meeting del domingo ha sido una manifestación política muy elevada, muy pura, y muy nueva en este país, de política socialista.⁷

El colectivo de militantes de lo que comenzaba a denominarse a sí mismo Partido Socialista no estaba todavía en condiciones de movilizar por su propia iniciativa a esos miles (*La Vanguardia* calculaba unos 10.000, mientras el diario *La Prensa* 4000) de hombres en las calles de la ciudad, pero tan importante como ello es que pese a todo intentaran erigirse con el monopolio político de la manifestación, otorgando un sentido específicamente socialista a un

⁷ *La Vanguardia*, 20 de octubre de 1894.

acto eminentemente obrero. La discusión producida en los meses siguientes entre los socialistas y el propio Pittaluga ilustra asimismo la necesidad que los socialistas tenían de diferenciarse tanto de los anarquistas como de “partidos burgueses” (v.g. el radicalismo) (Poy, 2014: 132-135).

Sin lugar a dudas, el obrerismo constituirá el horizonte de reivindicación primordial de los socialistas y la mayor parte de sus iniciativas en los años de organización partidaria girará en torno al mundo del trabajo. Es el caso del mitin convocado en abril de 1896 en contra de la “ley de conchavos” confirmada en la legislatura de Tucumán. Esta vez sería la Federación Obrera, de tendencia socialista, junto a los centros también socialistas de Capital Federal los que motorizaron la iniciativa de protesta. Tanto los anuncios del acto desde la prensa socialista como los manifiestos y los discursos de ocasión se encargaron de realizar una interpretación del acontecimiento en el sentido de destacar el papel del PS en tanto guardián de los intereses obreros. Uno de los principales oradores del mitin, el periodista y escritor Roberto Payró, hizo hincapié por ejemplo en que las injusticias continuarían “mientras no nos organicemos en partido de clase”, destacando además el “mérito del Partido Socialista Obrero” al haber “probado la importancia de su acción interviniendo en un acto que puede traer beneficios inmediatos a los trabajadores”.⁸

La idea de que era el Partido Socialista quien tenía la tarea de organizar a la clase trabajadora, al mismo tiempo que cobraba forma como tal, resulta paradigmática. 1896 será, además del año de su Congreso fundacional, el estreno en las calles de Buenos Aires del 1º de Mayo de los socialistas, iniciando una presencia pública periódica que hasta allí se había visto confinada a los espacios semi privados del CSO o del club Vorwärts. Hacia el año siguiente se evidenciará entonces la consolidación del “Día internacional del Trabajo”, pero también comenzarán a tomar forma los matices de las causas expresadas en las manifestaciones de los miembros del PS. Así, la dirigencia socialista intentó distanciarse del tumultuoso “meeting de los desocupados” de agosto de 1897, acto convocado nuevamente por la Federación Obrera en el teatro Doria que terminaría con 5000 manifestantes protestando contra la “prensa burguesa” -que intentaba minimizar la conflictividad de la “cuestión social”- y una fuerte represión policial.⁹ Ese “furor auténtico de la muchedumbre”, como lo caracterizaría *La Vanguardia*,¹⁰

⁸ *La Vanguardia*, 25 de abril de 1896.

⁹ Los pormenores de la organización del “meeting de los desocupados”, el papel de la prensa porteña y las repercusiones de los conflictos generados en las calles de la ciudad, en Scheinkman (2011).

¹⁰ *La Vanguardia*, 7 de agosto de 1894.

no se avenía con la imagen que intentaba proyectar la novel agrupación, aunque demostraba su arraigo en el seno de los sectores obreros movilizados, como lo relatará vívidamente en sus memorias Enrique Dickmann.

En un tono diferente y en sintonía con el carácter “civilizado” reivindicado por el PS se realizó la manifestación organizada en septiembre del mismo año para que se incluyeran los puntos previstos en el su Programa Mínimo en la reforma de la Constitución prevista para 1898. Resulta significativo que algunas de las posturas más radicalizadas dentro del socialismo temprano, como era la de Leopoldo Lugones y José Ingenieros, coincidieran en la comisión partidaria con la tendencia supuestamente más “reformista” y proclive a la “acción política”, como era el caso de Juan B. Justo, en el reclamo por la separación de la Iglesia Católica del Estado, la naturalización de los extranjeros por simple inscripción en el registro electoral y la jornada laboral de 8 horas.¹¹ Imitando el método de la petición del 1º de Mayo de 1890, la comisión del PS logró reunir 10.000 firmas y presentar el pedido a la Cámara de Diputados en un contexto de fuerte intervención pública de los sectores anticlericales, pero la manifestación terminó siendo exclusivamente socialista -según el Informe al II Congreso partidario- al fracasar su intento de articularse “con el elemento llamado liberal y masón”.¹² Vemos así cómo el compromiso socialista con la “causa de los trabajadores” se conjugaba, en una manifestación pública ordenada, con los motivos ideológicos laicistas y la “ciudadanización de la clase obrera” a través de las instituciones parlamentarias.

Esta diversidad de luchas, que encontraba en la forma de las manifestaciones una vía privilegiada para la acción política socialista, no dejará de remitir al horizonte identitario de la “solidaridad internacional”, clave en esos primeros años de organización partidaria, como ocurrió en diciembre de 1897 en apoyo a una larga huelga de los obreros mecánicos de Londres. Como afirmaba el manifiesto firmado por Adrián Patroni, la manifestación internacionalista implicaba “probar a la clase capitalista que a los trabajadores de todos los países nos une el mismo espíritu de lucha”, pero los discursos efectuados al finalizar el desfile de unas 3000 personas enfatizaron en los métodos de la “lucha económica” de la clase obrera antes que en la “acción política”, afirmando Ingenieros que la “conciencia [de clase] nace con

¹¹ *La Montaña*, 1 de septiembre de 1897.

¹² *La Vanguardia*, 23 de abril de 1898.

la convicción de que las instituciones burguesas son contrarias a la evolución y el progreso”

¹³

De todas formas, una vez que comenzara a recorrerse el camino que otorgará continuidad a la experiencia partidaria, con la celebración del II Congreso de 1898, y sin dejar de lado la retórica obrerista, el PS se presentará cada vez más como la fuerza encargada de ejercer una pedagogía política sobre la ciudadanía, remitiendo en sus convocatorias a “el pueblo” en general y no sólo a “los trabajadores”. Una empresa fundada en valores republicanos, democráticos y universalistas que pretendía ampliar su espectro de interpelación. El *meeting* de protesta por las fraudulentas elecciones legislativas del mes de abril de ese año constituye un ejemplo notable de lo que pretendemos ilustrar. Ya antes de los comicios, *La Vanguardia* había publicado un manifiesto electoral dirigido “a todos los hombres sinceros que tengan derechos políticos (...) particularmente trabajadores”.¹⁴ Luego del fraude, denunciado también por los radicales de la Capital, los electores del PS lanzaron un nuevo manifiesto llamando a “protestar virilmente” por la “ANULACIÓN de dicha elección, la del actual padrón, y la Reforma de la Ley electoral”, para lo que se convocaba a marchar a los “ciudadanos conscientes” en nombre de los “intereses del pueblo”.¹⁵ Los carteles utilizados en la manifestación confirmaban este sentido, con consignas como “Protestamos contra el fraude electoral”, la más típica “Trabajador, si quieres ser libre declárate socialista”, y el más elocuente “El partido socialista es el único que propaga al pueblo educación política”. Antes de que el acto fuera disuelto por la policía, el mismo Justo inició su discurso con un llamado a sus “conciudadanos, compañeros”, vinculando los derechos políticos a la identidad socialista para referirse al “voto secreto y la inscripción permanente en el registro cívico, la representación de las minorías y el sufragio universal”.¹⁶

Por su parte, los mitines convocados por el PS primero por la reglamentación del trabajo según los contenidos del Programa Mínimo, en 1900, y nuevamente por la situación de los desocupados, en 1901, aparecen como una interpelación directa a las autoridades gubernamentales en pos de los derechos sociales de la clase obrera y, tal vez por este motivo, ambos fueron significativamente más masivos que los anteriores, terminando el desfile en la plaza de Mayo frente a Casa Rosada. En el segundo de ellos el mismo presidente Julio Roca

¹³ *La Vanguardia*, 1 de enero de 1898.

¹⁴ *La Vanguardia*, 5 de abril de 1898.

¹⁵ *La Vanguardia*, 16 de abril de 1898.

¹⁶ *La Vanguardia*, 23 de abril de 1898.

recibió en los balcones ante 15.000 manifestantes la petición presentada por la comisión socialista a cargo de Julio Arraga, Adrián Patroni y Enrique Dickmann, asegurando que haría “lo justo y necesario (...) dentro de sus atribuciones”. Esta capacidad de una movilización callejera para generar una instancia de contacto directo con la máxima autoridad del país, al estar motorizada por una fuerza crítica del orden existente, aunque apegada a la legalidad constitucional, no pasará desapercibida en las memorias de Nicolás Repetto, para quien el acto constituyó, de hecho, el “reconocimiento oficial de nuestro Partido”. (Repetto, 1956: 49)

Por su parte, la participación de los socialistas en la manifestación de rechazo por la condena del capitán del ejército francés Alfred Dreyfus dará cuenta de ciertas especificidades. La organización de un mitin *dreyfussard* en plaza Libertad, convocado por un comité de estudiantes universitarios junto al periódico *El Nacional*, (Lvovich, 2003) generó que los socialistas, si bien no como organizadores, se unieran a lo que entendían era una “voz de protesta universal” -hubo manifestaciones similares en Milán, Londres, Nueva York, Bruselas, etc.- ante un acontecimiento que había dividido aguas en el mismo socialismo francés. Para la ocasión aclararon que su asistencia no se daría “como colectividad” partidaria, pero sí resaltaron que “sus miembros han concurrido unánimes, a la manifestación, considerando que era un deber asociarse en todas partes del mundo a la lucha altamente humanitaria y social”.¹⁷ Luego del mitin, con presencia de sectores liberales y que algunos interpretaran como de “solidaridad republicana” (se interpretó el himno nacional argentino y la Marsellesa), Ingenieros hizo pública una carta en la cual reconocía “como un deber ineludible la defensa de la libertad y la justicia”, pero que colocaba a la presencia socialista como vanguardia de las fuerzas progresistas y yendo más allá en sus reivindicaciones que los otros manifestantes “burgueses”:

El asunto Dreyfus no es más que el pretexto con que se disfraza en la actualidad la gran lucha empeñada entre los partidarios del estacionamiento de las sociedades humanas en su actual momento de evolución social, y los que creen en su incesante movimiento evolutivo hacia una civilización cada vez más desarrollada.¹⁸

Para Ingenieros, como intelectual, y para los socialistas en general, como colectivo político, las manifestaciones ofrecían la posibilidad de explicitar opiniones y fijar posiciones, en este caso, mediante un mensaje civilizatorio y humanitario; pero al mismo tiempo se

¹⁷ *La Vanguardia*, 16 y 23 de septiembre de 1899.

¹⁸ *La Vanguardia*, 23 de septiembre de 1899.

encargaban de complementarlo con las “causas” que hacían foco en la lucha política y los reclamos obreros, actuando como principio de diferenciación que les (auto)asignaba un lugar privilegiado como agente del progreso.

El llamado “meeting por la Paz” de diciembre de 1901, organizado en la inminencia de una guerra por el conflicto limítrofe argentino-chileno, es un caso extremo del argumento a ilustrar. Ante una serie de tumultuosas manifestaciones nacionalistas que habían demandado ante el domicilio del presidente Roca la profundización de las hostilidades, (Rojkind, 2012: 111-114) los socialistas decidieron convocar en Buenos Aires a una demostración en simultáneo con los socialistas de Santiago de Chile, en la tónica de la estrategia antimilitarista desarrollada por el congreso de la Internacional de 1900 en París, según la cual debían promoverse demostraciones públicas de “solidaridad socialista internacional” a fin de contrarrestar a los gobiernos y la opinión belicistas.¹⁹ Al apelar al arbitraje internacional, es una vez más en la clave del partido del progreso y la civilización que el PS lanzó un manifiesto “al pueblo de la Capital” que afirmaba: “el pueblo trabajador (...) está en el deber de reclamar la paz a toda costa” porque la “guerra, además de ser un verdadero anacronismo, no consulta los intereses bien entendidos de las repúblicas andinas”. La pequeña manifestación, en la que además se protestó contra la reciente promulgación del Servicio Militar Obligatorio, fue catalogada luego por el diario *El Tiempo* como un acto de “sedición” y “en pugna con el verdadero sentimiento nacional”.²⁰ Reafirmando la voluntad de plantear una voz disidente en un clima de fuerte tensión en las calles de Buenos Aires, en el mitin se leyó una carta de Gabriela Laperrière que saludaba “la valentía de los que constituyen la minoría (...) vanguardia de la civilización y de la verdad”.²¹

Los socialistas en las calles: algunas imágenes de conjunto

Después de este recorrido por las distintas “causas” por las que propugnaban los socialistas, y que comenzaban a definir el perfil del nuevo partido a través de su intervención en las calles de Buenos Aires, creemos posible establecer algunos aspectos destacados de una práctica que se reveló fundamental para que el mismo se instalara como un actor de creciente visibilidad

¹⁹ Ya el congreso de Londres de 1896 había postulado que sólo el «socialismo internacional» podía «asegurar la paz y traer la verdadera fraternidad a los pueblos», pero en París se fijó la estrategia de efectuar manifestaciones públicas como forma de visibilizar el sentimiento de solidaridad antimilitarista. (*Les Congrès Socialistes Internationaux*, 1902: 81)

²⁰ *El Tiempo*, 16 de diciembre de 1901.

²¹ *La Vanguardia*, 21 de diciembre de 1901.

en el cambio de siglo. Antes que nada, las formas que adquirieron las manifestaciones de los socialistas.

Como han destacado varios autores para el cambio del siglo XIX al XX en distintas latitudes, marco en que se consolidó la manifestación como fenómeno moderno, (Offerlé, 2005; Sigal, 2006; Filleule y Tartakowsky, 2008) las manifestaciones mismas podían combinar una serie de instancias que iban desde las concentraciones o mítines hasta los desfiles o cortejos. En el primer caso, al igual que otras fuerzas políticas de la Argentina finisecular, los socialistas privilegiaban espacios como los teatros (Victoria, Iris, San Martín, Olimpo, Vorwärts) o determinadas plazas, que podían ser además punto de partida y llegada de las movilizaciones. El caso paradigmático será la fijación desde 1897 por parte de las autoridades del PS del recorrido de las manifestaciones del 1º de Mayo, desde plaza Constitución hasta plaza Rodríguez Peña, el cual se repetirá todos los años estableciendo un verdadero ritual tipificado. Pero también la Plaza de Mayo constituyó el espacio privilegiado para interpelar a las autoridades y hacer patentes reclamos obreros de los cuales los socialistas se erigían en portavoces, en el corazón simbólico de la capital del país y luego de atravesar calles céntricas como Florida y Avenida de Mayo, hasta allí, territorio de fuerzas más vinculadas a los sectores de la elite.

Por otro lado, en tanto práctica que comenzaba a formar parte de la vida militante, las manifestaciones públicas requerían una serie de pasos necesarios que implicaban un compromiso de parte de organizadores y participantes. Los trabajos de preparación podían llevar meses, como para el 1º de Mayo, o demandar una rápida activación de los espacios de sociabilidad y los canales de acción partidaria, como en las protestas ante acontecimientos puntuales, caso del “mitin por la Paz”. La redacción de carteles, manifiestos y notas periodísticas preparaban el terreno y la convocatoria al público, estando en general a cargo de las autoridades partidarias o de los redactores de *La Vanguardia*, cuyos nombres muchas veces coincidían.

Otro paso fundamental era, de acuerdo a la legislación vigente en la ciudad, el pedido de permiso para manifestarse a la Policía. En este sentido, las manifestaciones socialistas o con participación de los mismos, pueden pensarse como una negociación entre las fuerzas del orden y aquellos que venían a contestar el estado de cosas existente y cuyas reivindicaciones tenían en general un sentido de protesta y demostración de fuerzas. El esfuerzo de los organizadores socialistas por realizar actos ordenados operaba a partir de esta premisa y de la

aspiración de erigirse en un interlocutor válido de las autoridades, esto es, ser reconocido como un actor legítimo. Todos los desfiles del 1º de Mayo marchaban por ejemplo precedidos por un piquete policial, pero en contextos especialmente candentes, como el de diciembre de 1901, la Policía capitalina no autorizó que la manifestación socialista arribara a la Plaza de Mayo y advirtió a los miembros del PS que no garantizaría la seguridad del acto.

Otra cuestión fundamental para una fuerza que no contaba con los recursos estatales, era el sostenimiento económico de sus actividades. Los mítines y manifestaciones socialistas generaban colectas y suscripciones que implicaban la contribución voluntaria de sus adherentes. Como en el importante mitin de solidaridad con los huelguistas ingleses, debían costearse secretarios, redactar y pegar manifiestos, bandas de música, cajas, bombas de estruendo, etc., y el dinero excedente podía ser destinado además a solventar la caja del periódico partidario o, como en ese caso, a la Biblioteca Obrera.²² Ello demostraba además que las manifestaciones formaban parte de una trama más extendida y se articulaban con otras instancias, desde el centro barrial hasta las fiestas familiares, que daban forma a la sociabilidad partidaria. Como se preguntaba, no sin optimismo, el encargado del informe de las actividades partidarias (Antonino Piñero) ante el II Congreso del PS: “Nuestras políticas, nuestros *meetings*, la formación de escuelas, de bibliotecas, nuestros locales, todo eso no es acaso la revelación de nuestro progreso y de nuestra fuerza?”²³

En cuanto al plano de lo simbólico, el despliegue de estandartes, banderas, carteles con consignas y bandas de música interpretando los “himnos obreros y socialistas”, comenzó a plantearse en los desfiles como un elemento que se consolidará tempranamente. El tema adquiere relevancia en relación a la cultura política en que se referenciaban los miembros del PS, si tenemos en cuenta que tanto las manifestaciones de otras fuerzas políticas -por caso, radicales y mitristas- como el imponente “meeting de los industriales” de 1899, que además tuvo un importante componente obrero,²⁴ o las movilizaciones nacionalistas de 1901, se realizaron desfilando con banderas argentinas, cantando el himno nacional o interpretando marchas fúnebres en el caso de las conmemoraciones de la Revolución del Parque. ¿Por qué las omnipresentes bandas de música y banderas rojas o la profusión de carteles en las manifestaciones de los socialistas jugaban un rol político fundamental? Antes que nada,

²² *La Vanguardia*, 18 de junio de 1897.

²³ *La Vanguardia*, 23 de abril de 1898.

²⁴ Sobre el mismo y sus repercusiones en la instalación y tratamiento de lo que se definió como “malestar obrero”, englobado en la más general “cuestión social”, ver Rojkind (2008-2009).

tenían el objetivo de lograr un cierto *esprit de corps*. Esto es, al igual que el imperativo que era destacado por la prensa de la marcha por las calles “en corporación” a partir de los centros parroquiales, la idea era demostrar la cohesión y homogeneidad de un grupo que no aparecía como la amalgama de individuos dispersos, sino como colectividad y reivindicando una determinada identidad. Los acordes y la letra de la Internacional o “Marsellesa socialista”, del Himno de los Trabajadores de Turati y del Himno de Carratalá combinaban un tono festivo con un mensaje combativo; mientras que, en tanto símbolos cargados de afectividad y de contenido ideológico, “los estandartes y banderas (donde aparecen los nombres de los grupos, sociedades o pueblos) son a la vez una reivindicación de la toma de la calle y de la propiedad por parte de la masa que se ha agrupado detrás de ellos y que se supone cede a los portavoces la expresión de sus reclamos”. (Offerlé, 205: 46) Según el recuerdo de Enrique Dickmann de la manifestación de 1898 contra el fraude electoral, la represión policial se concentró especialmente en los símbolos identificatorios socialistas, ya que “las banderas y letreros fueron en su mayor parte rotos y muchos de los que los llevaban, conducidos a la comisaría”. (Dickmann, 1949: 117)

Ello nos lleva, finalmente, a la cuestión de la tensión entre orden y conflicto, represión policial y desborde manifestante en los actos públicos de los socialistas. En efecto, el *savoir faire* que tenía como objetivo manifestar una opinión política en las calles y plazas de la ciudad tendía a marginar otras formas de protesta o, al menos, a subordinarlas. En el caso de las manifestaciones de los socialistas, éstas eran privilegiadas antes por ejemplo que las huelgas; más aún respecto del tema sensible de la huelga general que aparecerá con fuerza en el seno del movimiento obrero a inicios del siglo XX y se explicitará en los sucesos de 1902.

Es en este sentido que las formas aquí analizadas constituyen una dimensión fundamental de la “acción política” preconizada por los miembros del PS y que los distinguía en estos años de los anarquistas y su “urgencia revolucionaria”. (Suriano, 2001) En el caso de manifestaciones con la presencia conjunta de socialistas y anarquistas pero convocadas por el PS, como el mitin por la reglamentación del trabajo de 1900, se advierten estas tensiones. Luego de un ordenado desfile encabezado por una joven con una bandera roja y al son de la Internacional, Adrián Patroni emitió un discurso en plaza de Mayo afirmando que “el meeting no debería reducirse a un simple paseo, pues con realizar una manifestación numerosa y no llevarse a cabo la organización de los trabajadores, éstos seguirían siendo las eternas víctimas”, momento en que -de acuerdo a *La Vanguardia*-:

Un grupo de individuos que desde la plaza Lorea intentaba obstruir la manifestación lanzando gritos anarquistas se desató en insultos contra el orador socialista, mientras uno de ellos subió al tablado con el propósito de hablar, lo que fue impedido por el comité organizador. Aquí fue Troya (...) hubiera terminado la manifestación con algunos contusos si la policía no toma la debida participación.²⁵

Como se evidencia en este caso, pero también en la represión del mitin contra el fraude de 1898 o la intromisión policial en la reunión socialista del 1° de Mayo de 1896, esta interacción entre organizadores, manifestantes y fuerzas policiales constituía un difícil equilibrio que, por saltos de programa o intervención efectiva de alguno de esos actores, no aseguraba de antemano el éxito de las manifestaciones. Si bien los socialistas solían responsabilizar a la intromisión anarquista o al accionar policial por los incidentes que podían ocasionarse, durante el desfile del 1° de Mayo de 1898, por ejemplo, algunos manifestantes prorrumpieron en insultos ante la embajada de Chile, hecho que mereció una disculpa del mismo presidente Roca ante el representante de ese país debido a las tensiones del conflicto limítrofe. Al mismo tiempo, el éxito de otros actores para movilizar a los trabajadores despertaba también las dudas de los socialistas tanto sobre su propia capacidad de organización y agitación, como en relación a un movimiento obrero que no se volcaba masivamente a sus filas. Esta concepción se evidencia en el manifiesto publicado por el Comité Ejecutivo Nacional del PS y dirigido al “pueblo consumidor”, luego del llamado “mitin de los industriales” organizado por la Unión Industrial Argentina, cuyo suceso en convocar a una gran cantidad de obreros se habría fundado –según los socialistas- en la falta de conciencia política de clase de aquellos:

Es muy bueno que el pueblo realice meetings, pero mejor aún es que tales manifestaciones sean la resultante de una conciencia definida (...) aconsejamos a hacer uso de un procedimiento más eficaz: es decir, se organice y prepare para arrojar del Congreso a los mercaderes, como Jesús los arrojó del Templo: que en las próximas elecciones en vez de quedar cada uno en sus domicilios se acerquen a las urnas eligiendo a los futuros legisladores que con mandato de sus electores defiendan sus intereses.²⁶

²⁵ *La Vanguardia*, 24 de febrero de 1900.

²⁶ *La Vanguardia*, 19 de agosto de 1899.

He aquí el esfuerzo de pedagogía política que se autoasignaban los miembros del PS en el cambio de siglo, en el cual el aprendizaje de la toma ordenada de la calle se presentaba como un dispositivo fundamental, articulado junto a los otros espacios e instancias de socialización partidaria emergentes por esos años, en tanto se preparaba el terreno para una participación electoral que aún no demostraba garantías pero que también era promovida como herramienta de toma de conciencia y, en última instancia, de construcción identitaria. Un camino que en 1904 y sobre todo en 1912 comenzará a dar sus frutos en la Capital Federal, luego de una nueva etapa de conflictividad social y política que pondrá a prueba a la nueva organización partidaria y sus métodos de participación política. (Lobato y Palermo, 2011)

Como ha observado Janet Polasky para el caso de la lucha del Partido Obrero Belga por la obtención del sufragio universal -por cierto, un socialismo que era tomado en Argentina como modelo por su vínculo más orgánico con la clase obrera y que contaba ya con representación parlamentaria-, tanto las manifestaciones como las huelgas se inscribían en el debate de las tácticas de la socialdemocracia en tiempos de la II Internacional. Así, en Bélgica los socialistas privilegiaban siempre organizar demostraciones y desfiles pacíficos y ordenados, conteniendo a su ala más radical para mostrarse ante sus “otros” como una fuerza de orden pero que propugnaba por reformas progresivas en el marco de una integración plena a la democracia representativa. (Polasky, 1992) Ello nos permite inferir entonces dos constataciones: las modulaciones y especificidades con que el socialismo internacional arraigaba y se adaptaba en los espacios nacionales; y la opción de los socialistas argentinos por instalarse en un universo de prácticas políticas que no constituían una novedad en la escena local e internacional, pero que les permitía obtener una visibilidad y singularidad a partir de reivindicar un determinado conjunto de causas para un partido que podemos concebir, para esos años, aún en formación.

Reflexiones finales

A partir del análisis de las manifestaciones promovidas por los socialistas o que los tuvieron como participantes más o menos protagónicos hemos dado cuenta de algunas de las dificultades, pero también las posibilidades, de una nueva fuerza política en el cambio del siglo XIX al XX que adquiriría un protagonismo impensado para principios de la década de 1890. Así, al mismo tiempo que se percibe la tensión en torno a la llamada “acción política”, quienes confluyeron para crear la formación partidaria del PS evidenciaron un sostenido

compromiso en sucesivas y complejas coyunturas para la empresa que se habían asignado a sí mismos: encuadrar, educar y encauzar la acción de una clase obrera aluvial, pero también representar una serie de valores universales y civilizatorios que lo presentarían como un agente del progreso y la civilización. En este sentido, los socialistas mostrarán una creciente capacidad de organización y movilización, así como una tendencia a instalar en las calles de Buenos Aires interpretaciones en clave ideológica para los grandes conflictos nacionales e internacionales que los interpelaban como colectividad política. Por supuesto, ello también puede leerse como una operación de autoinvertimiento que les otorgaría una singularidad respecto de otras fuerzas de izquierda y otros partidos que pretendían hacerse con una representación popular en una sociedad movilizadora, lo que sin dudas comenzó a moldear por esos años a su potente identidad político-partidaria.

Tal como hemos intentado demostrar, las manifestaciones no actuaban -sólo ni fundamentalmente- como un canal sustitutivo de participación política para un movimiento hostilizado por las autoridades debido a su capacidad contestataria, sino que constituyeron un elemento medular y una forma perdurable de la práctica política socialista. Desde la perspectiva más amplia de la cultura política en la que se inscribía el PS, esa forma de ocupar el espacio público aparecía articulándose con, y como culminación de, una serie de instancias previas que involucraban a la prensa partidaria, la confección y reparto de folletos, reuniones de clubes y comité, conferencias, etc. En este sentido, llegar a las incipientes masas implicó presentarse ante la sociedad en su conjunto, organizar, demostrar y dar sentido a su acción. El contexto abierto con las grandes huelgas de principios del siglo XX, la reforma política de 1902 y el primer éxito electoral socialista en la ciudad de Buenos Aires, así como la recurrente apelación de las autoridades al estado de sitio y la negación del derecho de reunión al menos hasta el Centenario de 1910 y la reforma política de 1912, conformarán un marco sensiblemente distinto para manifestarse en el espacio público pero que evidenciará la fortaleza adquirida por los socialistas en los años fundacionales del PS.

Lista de referencias

- Callahan, K. (2010). *Demonstration culture. European Socialism & the Second International, 1889-1914*. Leicester: Troubadour Publishing.
- Dickmann, E. (1949). *Memorias de un militante socialista*. Buenos Aires: La Vanguardia.
- Filleule, O. y Tartakowsky, D. (2008). *La Manifestation*. París: Presses de Sciences Po.

- Gorelik, A. (2010). *La grilla y el parque. Espacio y cultura urbana en Buenos Aires, 1887-1936*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Les Congrès Socialistes Internationaux. Ordres du jour et Résolutions publiés par Le Bureau Socialiste International de Bruxelles* (1902). Gante: Société coopérative “Volksdrukkerij”.
- Lobato, M. y Palermo, S. (2011). “Del trabajo a las calles: dignidad, respeto y derechos para los y las trabajadoras”. En M. Lobato (ed.), *Buenos Aires. Manifestaciones, fiestas y rituales en el siglo XX* (43-74). Buenos Aires: Biblos.
- Lvovich, D. (2003). “No es este un asunto de Francia sino un asunto de la humanidad. Notas sobre la recepción del caso Dreyfus en Buenos Aires”. *Anuario del IEHS*, 18, 273-302.
- Martínez Mazzola, R. (2008). *El Partido Socialista y sus interpretaciones del radicalismo argentino*. (Tesis de Doctorado). Universidad de Buenos Aires, Argentina.
- Offerlé, M. (2005). “Bajar a la calle de la ‘jornada’ a la ‘manif’”. *Política*, 44, 33-59.
- Polasky, J. (1992). “A Revolution for Socialist Reforms: The Belgian General Stryke for Universal Suffrage”. *Journal of Contemporary History*, 27/3, 449-466.
- Portantiero, J. C. (1982). “Nación y Democracia en la Argentina del Novecientos”. *Punto de Vista*, 14, 3-6.
- Poy, L. (2014). *Los orígenes de la clase obrera argentina. Huelgas, sociedades de resistencia y militancia política en Buenos Aires, 1888-1896*. Buenos Aires: Imago-Mundi.
- Repetto, N. (1956). *Mi paso por la política (De Roca a Yrigoyen)*. Buenos Aires: Santiago Rueda Editor.
- Reyes, F. (2016). “De la velada de club a la estética de los cortejos. La construcción del 1º de Mayo socialista en la Argentina finisecular (1894-1900)”. *Boletín Ravignani*, 43.
- Rojkind, I. (2012). “‘El gobierno de la calle’”. Diarios, movilizaciones y política en el Buenos Aires del novecientos”. *Secuencia*, 84, 97-123.
- Rojkind, I. (2008-2009). “‘El malestar obrero’. Visibilidad de la protesta social en Buenos Aires del novecientos”. *Travesía*, 10-11, 15-44.
- Sabato, H. ([1998] 2004). *La política en las calles. Entre el voto y la movilización, 1862-1880*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Scheinkman, L. (2011). “‘Sacudan su somnolencia nuestros gobernantes...’. Entre la prensa periódica y la movilización política, el meeting de los sin trabajo en la Argentina finisecular”. *Trabajadores*, 2, 58-84.
- Sigal, S. (2006). *La Plaza de Mayo. Una crónica*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Suriano, J. (2001). *Anarquistas. Cultura y política libertaria en Buenos Aires (1890-1910)*. Buenos Aires: Manantial.
- Tarcus, H. ([2007] 2013). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, científicos e intelectuales*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Tato, M. I. y Rojkind, I. (2012). “Introducción” al Dossier: “Usos políticos del espacio público en la Argentina, 1890-1945”. *PolHis. Revista del Programa Interuniversitario de Historia Política*, 9, 130-134.